

AL MAESTRO CON CARÍÑO

Ernesto Sosa

El poder que ejercen ciertos maestros deja a veces huellas indelebles. La fuerza de atracción puede obnubilar el entendimiento, y el juicio crítico sucumbir ante la admiración, por-que ésta se ubica en un espacio donde no siempre tiene cabida la razón. El Maestro convertido en profeta, en una suerte de gurú, de guía moral, despierta la admiración de los discípulos. En el siglo xx han sido pocos los maestros cuyas enseñanzas han formado una cantidad importante de nuevos pensadores; epígonos de talento que brillaron, a su vez, con luz propia, lo que depende tal vez de la fuerza de sus ideas. Así ha ocurrido en la filosofía del siglo xx con filósofos como Russell, Wittgenstein, Husserl y su discípulo Heidegger.

Todos han dejado legiones de alumnos. Los de este último, sin embargo, además de la fidelidad y admiración al Maestro, han tenido que hacer frente a sus colosales errores políticos.

La seducción de intelectuales por regímenes totalitarios ha sido enorme tan sólo en el siglo xx. En una larga lista de poetas, escritores y filósofos se encuentran, por sólo mencionar algunos, Brecht, Claudel, Pound, Lukács, Céline, Frege, Aragon, Jünger y Neruda. Simpatía y militancia se confunden; se mezclan el antisemitismo de un Jung y el credo monárquico y maurasiano de un Eliot. Hay quienes a través de sus ideas dejan una clara visión de la política, la sociedad y el hombre; hay para quienes, en cambio, su convicción política es una pasión secreta. Mientras unos tienen buenas

intenciones, otros son víctimas de los experimentos de las ideologías; a la mayoría, la repulsa a la modernidad y sus atroces consecuencias, los lleva a los brazos del mito, a la búsqueda de arcadias, a construir paraísos huyendo de la desgarradora realidad de su presente.

En aquellos que buscan la construcción de hombres nuevos y sociedades ideales está, sin duda, el pecado de la soberbia; el crimen fáustico de la modernidad que rechazan y entre cuyas víctimas hay miles de hombres y mujeres anónimos que, como Filemon y Baucis, son arrasados por la “fuerza de la historia”.

Los hijos de Heidegger advirtieron los errores de su Maestro, pero no pudieron escapar a la irresistible atracción de su pensamiento, personaje al fin y al cabo genial y, sin duda, una de las más polémicas y oscuras figuras de la filosofía del siglo xx. Entre ellos, algunos, como Hannah Arendt y Herbert Marcuse, son heideggerianos a pesar de ellos.

Martin Heidegger es un profeta del Apocalipsis, un habitante descreído de esta *tierra baldía* de la modernidad, que vislumbra la inminencia de la catástrofe, de un mundo entregado

a los demonios de la técnica, mano tutelar ésta del pensamiento metafísico que ha usurpado la filosofía de Occidente desde Platón.

“Sólo un Dios puede salvarnos”, declaraba el filósofo a la revista *Der Spiegel*, en tono sentencioso y oracular, ya al final de sus días, y cerraba así el círculo de una vida intelectual cuyo legado es objeto de debate y controversia, tanto por sus implicaciones políticas como por la naturaleza abstrusa y logofóbica de su filosofía.

En 1987 Víctor Farías publicó *Heidegger y el nazismo*, libro que se ha convertido en referencia obligada de los estudios heideggerianos y en punta de lanza de un nutrido coro de críticos de los círculos académicos, no porque descubra algo que no se supiera: la militancia nazi del filósofo y la aplicación de los principios del partido durante los escasos 10 meses que ocupó el rectorado de la Universidad de Friburgo—periodo en el que excluyó a docentes judíos, incluso a su propio mentor, Edmund Husserl—; sí, en cambio, porque la obra siembra una duda: cuánto del pensamiento de Heidegger y, con él, de una parte considerable de la filosofía contemporánea, están viciados por su militancia política. La visión heideggeriana de la Universidad como una “comunidad de combate” en donde se cruza el “heroísmo de doctos convertidos a la decisión colectiva en la ineludible irrupción de la historia-destino” encaja en esa militancia.

De acuerdo con Farías, su nazismo era partidario del ala radical socializante, encabezada por Ernst Röhm y finiquitada en la Noche de los Cuchillos Largos. Los ditirambos al nazismo por parte de Heidegger

se originan, sin embargo, en lo que se ha llamado el “pathos del arraigamiento”,¹ el sueño de la tierra que permite al hombre aproximarse a esa posibilidad ontológica inefable, que sólo puede vislumbrarse por medio de la evocación. Epifanía del Ser que la dictadura de la metafísica había ocultado. En ese contexto nos resultan familiares las fotos de Heidegger en su cabaña, poseedor de una mirada brillante y luciferina, en la que también se percibe un dejo de desamparo y perplejidad, aun en medio de la paz bucólica de su refugio de la Selva Negra, en cuyo libro de visitas el poeta Paul Celan—quien años después viviría en las

¹ José Guilherme Merquior, “Heidegger más allá del nazismo”, en *Vuelta*, núm. 142, septiembre de 1988, p. 58. Véanse también en ese mismo número Luc Ferry y Alain Finkielkraut; “El experimento del doctor Heidegger”; Carlos Pereda, “La contaminación heideggeriana”; y Xavier Ruiz-Portella, “¿Y si pese a todo Heidegger diera a pensar la democracia?”. En este último artículo, el autor sostiene que Heidegger, al propugnar la destrucción de toda metafísica allana el camino del encuentro del hombre con su libertad: “Ninguna de estas libertades [las libertades políticas] podría existir en efecto un solo instante si la libertad como tal no impregnase el aire mismo del tiempo, si no marcase la manera de ser de todos y cada uno de nosotros, si no configurase el destino incierto y portentoso del mundo. La libertad como tal [...] el hecho, en efecto, de que ninguna Ley impone su destino al mundo, ninguna Causa da razón de él, ninguna Verdad sustenta su configuración. Es cierto que una multitud de leyes, de causas, de verdades configuran, de hecho, nuestro mundo: ¡pero una multitud, precisamente: una múltiple y contradictoria pluralidad! Y dentro de ésta, nada se afirma, en derecho, como la única y suprema verdad. O si se afirmara: si en nombre de la libertad, una única e intangible Verdad pretendiera legitimar y configurar al mundo, ahí mismo se acabaría la libertad”.

aguas del Sena su última y particular versión de la *Todesfuge*— dejó un mensaje a la vez críptico y revelador.

El libro de Richard Wolin, *Los hijos de Heidegger*, demuestra la indeleble huella que el pensador de la Selva Negra dejó en cuatro de sus discípulos que tomaron la arena filosófica desde diferentes perspectivas, impregnados de la visión del Maestro a quien, pese a censurar su cercanía al nazismo, no dejaron de admirar. Hannah Arendt, Karl Lowith, Hans Jonas y Herbert Marcuse comparten varias cosas en común, no obstante las diferencias fundamentales en sus caminos del pensar. Todos son judíos, discípulos de Heidegger, salieron de la Alemania del Tercer Reich antes del incendio sacrificial que llevó a exterminio a millones de seres humanos, no sólo judíos. Todos bebieron de la fuente heideggeriana y, a pesar de marcar distancia de su compromiso político, su pensamiento está en el fondo inevitablemente vinculado al de su Maestro.

El pensamiento de Heidegger se ubica dentro de uno de los *topos* de la modernidad: la crítica de sí misma. La visión del tiempo como decadencia es tan vieja como la historia; sin embargo, este sentimiento de pérdida en la que el hombre se siente arrojado a una realidad sin trascendencia, donde él y sólo él es causa y medida de todas las cosas, impregnó a una generación de pensadores del horizonte cultural germánico. La jeremiada de los poetas sobre el tiempo ya existía. Muchos de los aspectos de la filosofía de Heidegger están, de hecho, prefigurados en la voz de los poetas en tiempos de

penuria. La filosofía del Maestro pretende expresar lo inefable y en esto converge con mucha de la poesía moderna y contemporánea. Su pensamiento entroncó con la poesía de Hölderlin y Rilke. “Hoy son los poetas y no los filósofos los que han resultado ser más fieles a la manera oblicua en que el *Ser adquiere presencia*”.

La deuda intelectual que estos cuatro filósofos tienen con Heidegger se refleja en el profundo pesimismo y desazón que les inspira la modernidad y sus principales criaturas: la democracia de masas y la tecnología, como la única forma de estar-en-el-mundo del *dasein*. Deuda que adopta diferentes ámbitos de interpretación: la política en Arendt, la historia en Löwith, la ecología en Jonas, y el marxismo radical y la crítica del capitalismo en Marcuse.

El diagnóstico de Heidegger sobre la vertiente fáustico-nihilista del humanismo occidental —“la pérdida del sentido de proporción y límite”—, que conduce a la sociedad moderna al abismo, está presente en obras como *La condición humana* y *El imperativo de la responsabilidad*, de Arendt y Jonas, respectivamente. Löwith, por su parte, retoma el tema medular del nihilismo y el pecado antropocéntrico de toda la filosofía occidental. Marcuse es el único que ve en el futuro una fuente de promesa; su filiación marxista le permite pensar una sociedad nueva a partir incluso de la tecnología, la *bête noire* del pensamiento heideggeriano. La militancia nazi del filósofo fue un duro golpe para los discípulos —Arendt rechazó incluso el término de filosofía para su

trabajo y dijo que abandonaba definitivamente esta disciplina. No obstante, el pensamiento del Maestro, esto es, la manera de pensar al hombre y al mundo frente a la pasmosa infinitud y soledad del cosmos, sigue representando un desafío.

Que la crítica radical a la modernidad puede entrañar consecuencias nefastas es quizá la conclusión más importante que puede extraerse del libro de Wolin. Concebir, por el contrario, la herencia de la modernidad como un legado donde hay principios válidos que constituyen la semilla de nuestras democracias modernas, es valorar la columna vertebral de nuestro actual sistema-mundo. Es cierto que algunos aspectos de la modernidad han tenido efectos brutales sobre la integridad del ser humano y el futuro del planeta, pero también lo es que los ataques a la modernidad y a sus fundamentos filosóficos pueden convertirse en el embrión de experimentos políticos y sociales, y en la justificación de regímenes totalitarios.

El rechazo a la modernidad en su conjunto puede llevarnos al extremo de recordar al único régimen de la posguerra que intentó abolirla: la siniestra Camboya de Pol Pot. Ecos de esta resonancia podrían llegar a nuestros oídos en las palabras de uno de los discípulos, tan desencantados de su tiempo, como el propio Maestro: “¿Podría ser —sugiere con pesimismo Jonas— que la modernidad en su conjunto fuera un camino equivocado? ¿Fue tal vez la modernidad un error que hay que rectificar? ¿Es correcto este camino, la combinación del progreso científico-técnico con

el aumento de la libertad individual? ¿Fue la edad moderna en algunos aspectos un camino equivocado que ya no hay que seguir?”.²

Bibliografía

Richard Wolin, *Los hijos de Heidegger: Hannah Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas y Herbert Marcuse*, Cátedra, Madrid, 2003. 337 pp. (colección Teorema)

² Richard Wolin, *Los hijos de Heidegger: Hannah Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas y Herbert Marcuse*, Madrid, Cátedra (Colección teorema), 2003, p. 194.